

**E**l libro está dividido en ocho capítulos —señalados con números romanos— y en subtemas designados con números arábigos. Inicia con el prólogo de Juan Bonilla, titulado *La biblioteca invisible*, y finaliza con una fe de apócrifos y noticias de agradecimiento.

Este breviario personal nos introduce al conocimiento de algunas bibliopatías que pueden padecer los amantes de los libros: bibliófagos, bibliocleptómanos, biblioclastas y bibliófilos. Antes de conocer en qué consiste cada una de éstas, me gustaría compartir que ninguna enfermedad me parece divertida; sin embargo, *Enfermos del libro* me ha hecho sonreír en varias ocasiones, y no tanto por la enfermedad en sí misma o por quienes la padecen, sino por la manera divertida y hasta sarcástica en que las bibliopatías son narradas por el autor; basta con leer en la solapa delantera la frase “El que esté libre de pecado ya puede comprarse un libro electrónico”.

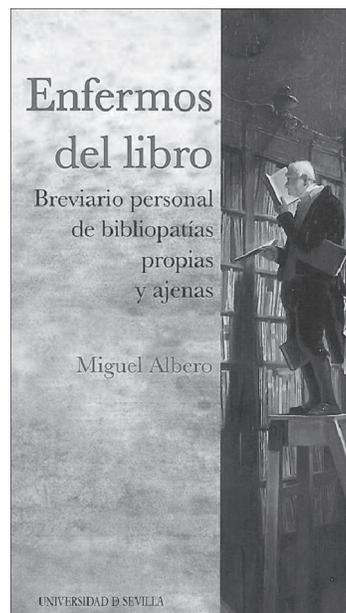
#### **Capítulo I. A modo de justificación.**

El capítulo comienza con una analogía sobre cómo la racionalización del sufrimiento no logra eliminarlo, pero tal vez pueda modular sus efectos. Y si se reflexiona sobre la enfermedad padecida puede ser comparada con las adyacentes, distinguir e identificar sus síntomas, establecer sus ventajas e inconveniencias.

“... y así como el alcohólico es bien capaz de divagar sobre su adicción mientras consume combinados, también el cleptómano puede dedicarse a estudiar la causas de su mal mientras introduce bajo su abrigo una pijama de rayas que nunca se pondrá...”.  
(p. 23)

En consecuencia de sus actos, el alcohólico puede ser internado en el hospital, mientras que el segundo puede ser encarcelado y llegar a usar “otra pijama de rayas”.

De esta manera, se presentan relaciones de semejanza entre una bibliopatía y otra, y como un enfermo puede desarrollar otra enfermedad similar, por ejemplo: un bibliófobo, en consecuencia de su aversión a los libros, puede llegar a destruirlos convirtiéndose además en un biblioclasta.



Albero, Miguel. *Enfermos del libro: breviario personal de bibliopatías propias y ajenas*. Prólogo de Juan Bonilla. Sevilla, España: Universidad de Sevilla: Asociación de Amigos del Libro Antiguo de Sevilla, 2009. 235 p. Serie Abierta, 61.

Al reflexionar sobre la enfermedad, es posible que una persona reconozca que la padece o que puede llegar a padecerla, tal y como Albero declara que padece una bibliopatía, bautizada por uno de sus amigos como “Devotos de su Alteza”, pues hay quienes coleccionan primeras ediciones de sus escritores favoritos por ser las *príncipe*, la edición primera, y por ser partidarios y buscadores de ésta; tema que desarrolla ampliamente en el capítulo VII.

El autor aclara que mediante una investigación escribe este ensayo sobre bibliopatías, refiriéndose a las enfermedades del libro como aquellas que afectan a quienes entran realmente en contacto con él y no ven al libro como bien mueble, es decir, personas como pacientes, y no al proceso de deterioro del libro que merma su condición, impidiendo su lectura y acelerando su destrucción. Menciona que no se analiza la suerte de los llamados profesionales del libro, como los bibliotecarios encargados de su custodia y los bibliópolas o traficantes de libros; sin embargo, incluye algunos ejemplos de ellos como bibliópatas.

Informa al lector sobre los enfermos del libro y sus patologías mediante descripciones, tratamientos, casos divertidos y otros terribles. Utiliza fuentes provenientes de su experiencia y de su biblioteca, datos procedentes de su memoria, de libros y de Internet. Advierte que las fuentes que están en la web pueden ser efímeras y no son muy recomendadas por algunos (científicos); las incluye por la ventaja de ser consultadas desde cualquier lugar y en cualquier momento. No pretende ser exhaustivo, es decir, no recoge todas las enfermedades ni a todos los enfermos.

Albero también indica que no se trata de un juego o de encontrar pistas para llegar a un tesoro, pero que existen enfermos del libro que transitan más por el terreno de la fantasía que por el de la realidad; y para aquellos que no se conforman con datos inventados o que provengan de la ficción, incluye una página de fe de apócrifos para conocer la fuente de lo que se lee.

### **Capítulo II. Lectores en libro ajeno: la bibliocleptomanía, sus partidarios y practicantes.**

Se refiere a la bibliocleptomanía en términos muy sencillos como “patología consistente en robar libros”, la cual es considerada como una de las enfermedades que menos gracia produce, en especial si eres dueño del libro.

Sustraídos de bibliotecas, librerías y de casas sin guardia de un amigo, también incluye a quienes se quedan con los libros prestados y nunca los devuelven, por lo que recomienda no prestarlos y –curiosamente– considera que es mejor quemarlos o cocerlos en baño maría antes que prestarlos.

Por supuesto que lo anterior no es aplicable a las bibliotecas, cuyo objetivo primordial es el préstamo; claro que es importante llevar un buen registro de usuarios para

evitar complicaciones. Desgraciadamente, los libros tienen que ser sensibilizados con bandas magnéticas para que sean detectados por sensores en caso de que algún impertinente no los muestre a la salida o intente sacarlos clandestinamente.

En consecuencia, si existe un bibliocleptómano entonces se crea un bibliótafo, que es aquel que no presta sus libros.

En forma breve describe al tipo de ladrones de libros, para ello utiliza las tres categorías que el periodista Pedro Quiñero toma de un artículo del diario *El Mercurio* de Chile:

- La primera categoría sería el ladrón ocasional, que roba cuando tiene oportunidad.
- La segunda es la del ladrón ilustrado, que quiere un libro pero no tiene dinero para comprarlo.
- La tercera la del ladrón por encargo; señala que es el más detestado por los librereros.

Pese a que esta “clasificación es simple y de no clara articulación”, como señala el autor, utiliza las categorías para identificar al tipo de ladrón que describe en los ejemplos. Entre varios casos narrados sobre ladrones ilustres y famosos sólo mencionaré dos: el del Conde Libri, conocido como el Patrón de los bibliocleptómanos, y la bibliotecaria Susan Horn, que sustrajo seis mil libros de la biblioteca en la que trabajaba, caso que llamó mi atención –primero– por la cantidad de libros robados y –segundo– por las razones que el autor agrega para justificar sus actos, de los cuales no estoy de acuerdo ya que no todos los bibliotecarios padecemos soledad.

“Y a ser posible, no para robar, sino para proteger, añadido yo en nombre de Susan Shine [así aparece]; la pobre no debía en verdad querer robar nada, se sentía sola en la biblioteca, como muchos de sus colegas (la soledad es la gran compañera del bibliotecario) y delinquiró únicamente para llamar su atención...”. (p. 51)

Tal vez estas acciones son justificables por el cariño y cuidado que le tienen a los libros, o bien el autor comparte afinidad con Unamuno, que cita como partidario del ilustre ladrón de libros a Don José Gallardo llamándolo “salvador”, en el entendido de que gracias a sus hurtos se pudieron salvar muchos libros que probablemente se habrían perdido.

### **Capítulo III. A buena hambre no hay tapa dura ni necesidad de saber leer: la bibliofagia y sus intestinales consecuencias.**

Devoradores de libros es una metáfora que se utiliza para quienes leen mucho, todo libro que cae en sus manos es leído con avidez; el autor los llama “jardín florido”, no importa qué, cuánto, cómo y dónde lean.

En sentido estricto, la bibliofagia implica comerse de verdad los libros, sin metáforas, esto es ingerir los libros, aunque parezca broma pesada y se preste a chiste. Esta enfermedad tiene sus orígenes en la Biblia, es decir, se encuentra dentro de los textos bíblicos y el autor la denomina *bibliofagia bíblica*, y no es la modalidad de comerse Biblias.

Basándose en los textos bíblicos, que Fernando Báez recogió en su Historia universal de la *destrucción del libro*, indica que la bibliofagia se puede encontrar en Ezequiel 2:8 a 3:6 y en el capítulo diez del Apocalipsis.

El libro que me atrevería a comer –dice–, aunque con esto practique la bibliofagia gastronómica, es el *Quijote comestible* elaborado por el cocinero Firo Martins del restaurante El Olivar situado en Moratala, un libro hecho con finísimas láminas de cereal de trigo y arroz y tinta de calamar.

#### **Capítulo iv. La bibliofobia, o quita de aquí ese libro que no lo trago.**

La bibliofobia es definida como la “aversión a los libros” y debe distinguirse de la biblioindiferencia o el bibliocontemptio; en la primera existe relación con el libro, aunque tenga aversión o rechazo, en el segundo hay un desprecio a su existencia. Para los amantes del libro esto es sinónimo de ignorancia. También existe la biblioclastia, que es el odio a los libros y si éstos no existieran mejor para los biblioclastas, hasta han deseado su destrucción u ordenarla si tienen poder para ello.

Si bien la biblioclastia es una forma de bibliofobia, existen otras variantes que son la *monobibliofobia* o *bibliofobia* monográfica; esto significa que los bibliófobos no tengan aversión a los libros sino más bien a un libro específico.

Otra forma es la bibliofobia coyuntural, que en un sentido clínico significa que puede padecerse una enfermedad cuando se entra en contacto con los libros (eczemas o sarpullidos), por lo que puede producirse aversión y hasta alejamiento. Con el fin de ilustrar esta aversión se toma un caso del manual *Los locos del libro* de Beltrán Guiñazú, que terminó felizmente por ser una enfermedad pasajera.

La bibliofobia sobrevenida, los malos profesores y sus nefastas consecuencias, es un tema que en mi opinión el autor acierta al describir que un sistema educativo puede incidir en la formación de asiduos lectores y que los maestros –que son “intermediarios” entre el libro y los alumnos– influyen de manera contundente. Un problema, señala Alberó, reside en la forma en que se enseña la literatura; otro problema que se destaca es el uso excesivo de la imagen, que reemplaza a la palabra, y que tal parece que los profesores y los planes de estudio han sido diseñados por directivos televisivos.

Si bien en la infancia la afición por la lectura se ha logrado mediante libros ilustrados, en los que no imperan fechas y nombres, en los que abundan los animales,

los monstruos y las brujas, es en la enseñanza secundaria cuando comienza la “apología de la bibliofobia”, y si el profesor de secundaria no despierta el interés del alumno por la lectura este padecimiento puede continuar hasta la universidad y seguramente él se sumará al grupo de los bibliópatas. Para reforzar lo anterior introduzco lo que menciona el autor:

“Los terribles efectos de la enseñanza varían en función de la perfección del tratamiento, es decir, según la profesionalidad del docente, que puede lograr que el alumno contraiga bibliocontemptio y simplemente sienta después indiferencia por los libros, o conseguir que adquiera bibliofobia pura y dura.” (p. 101).

### **Capítulo v. Quema, que así nada queda: de la biblioclastia o destrucción de libros**

La biblioclastia consiste en destruir libros mediante varios procedimientos, la quema es la forma preferida por su alto componente simbólico. El biblioclasta es un biblióforo extremista.

Basándose en los tres tipos de biblioclastias de Humberto Eco en *Desear, poseer, enloquecer*, el autor se refiere a:

- El *biblioclasta fundamentalista*, que no odia a los libros como objetos, más bien su contenido, es decir, no quieren que el libro se lea.
- La *biblioclastia por incuria*, aquella que se produce por dejadez, o si se prefiere por omisión.
- El *biblioclasta por interés*, que es el que destruye los libros para venderlos por partes; a quien se le puede mejor llamar mutilador.

Como ejemplo de biblioclastia por incuria se encuentran las bibliotecas en mal estado que provocan la destrucción del libro; esto no convierte al bibliotecario en biblioclasta sino más bien en negligente. Incluye otros ejemplos de aquellos que destruyen libros pero que no se consideran biblioclastas, como los editores, que pasan por la guillotina libros por dos razones: una por el espacio que ocupan, librándose del pago del almacén, y la segunda por la vergüenza de no haberlos vendido. El libro no resultó el “bestia seller” [así aparece] que se esperaba.

En la historia de la humanidad, la biblioclastia surge desde el origen del libro y desde entonces no ha dejado de practicarse, y en ese contexto se examinan casos de biblioclastas refiriéndose no a una persona sino también a grupos e instituciones: como la Inquisición española, la biblioclastia nazi, Augusto Pinochet, llamado biblioclasta bibliófilo, Carl Richarson, el biblioclasta ocasional por amor al arte. Se añaden a la lista algunos biblioclastas en la literatura, es decir, el pirómano del libro dentro del libro, como en las obras de Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes, el *Amadís de Gaula*, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, entre otras.

**Capítulo vi. Libro veo, libro quiero: de la bibliofilia, madre de todos los males, enfermedad o pasatiempo.**

Se analizan tanto la bibliofilia, como madre de todas las patologías del libro, y la bibliomanía como su hermana, ambas son reconocidas por el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), el cual también incluye las voces bibliófilo, bibliofilia, bibliómano y bibliomanía.

Para no caer en confusiones el autor utiliza el DRAE para dar las definiciones correspondientes; así, el bibliófilo es la “persona aficionada a las ediciones originales más correctas o más raras de los libros” y la bibliofilia es “pasión por los libros, especialmente los raros y curiosos”. (p. 140)

Para continuar con las definiciones, el autor menciona que Humberto Eco, a quien por cierto alude como un bibliófilo confeso y también notable, señala que bibliofobia “es ciertamente un amor por los libros, aunque no necesariamente por su contenido” —si bien está totalmente de acuerdo con ésta—, y de esa manera transita por una serie de conceptos que crean polémica sobre lo que es bibliofilia incluyendo lo que consideran los bibliófilos de sí mismos, como trata el *Código de la bibliofilia moderna*, editado en 1936 por la Unión Latina de Ediciones.

**Capítulo vii. Los Devotos de su Alteza, o la pasión por las primeras ediciones.**

Convendría hacer una reseña únicamente de este capítulo, o por lo menos marcar con negritas el encabezado, ya que como se señaló al principio de esta reseña el autor se considera un “Devoto de su Alteza”, o bien como un bibliotara, por lo que buscará defender esta categoría con dignidad a diferencia de las anteriores, y lo cumple al puntualizar que el devoto es el mejor de los bibliófilos, el más saludable.

Y siguiendo con la consistencia de los capítulos anteriores, entra en materia con la definición de Devoto de su Alteza, el cual es el bibliófilo que se dedica a coleccionar las primeras ediciones de sus autores favoritos debido a que a éstas se les denomina príncipe o princeps. Y para que el término no cause confusión, se basa en la definición de DRAE, el cual señala que es “La primera, cuando se han hecho varias de la misma obra”.

Pero dejemos hasta aquí la reseña para que otros lectores —sin previo aviso— hagan sus propios análisis y disfruten de otros casos que ilustran esta enfermedad o, más bien, pasión por los libros.

***El capítulo VIII. Epílogo: muerto el perro, seguirá la rabia: el futuro del libro, el futuro de los bibliópatas.***

Una vez analizadas las patologías del libro se espera que se den los remedios o tratamientos para su cura, es por esto que se hacen recomendaciones para cada enfermo. Al bibliocleptómano le aconseja dedicarse a robar otra cosa que no sean libros, por ejemplo relojes; al bibliófago, que cambie de dieta; al biblioclasta, que destruya otra cosa porque el libro por desgracia ya no tiene el poder subversivo de antes y existen otros medios de transmisión de información, así que el texto le puede llegar, como a otros, por correo electrónico; y si es pirómano que se quemee a lo bonzo, que su cuerpo sea su herramienta de trabajo, y para el bibliófobo no hay recomendación.

Para otros enfermos amables como bibliófilos, biblómanos, completistas, coleccionistas y Devotos de su Alteza, tampoco propone cura.

Finalmente, en la parte de noticias y agradecimientos, Miguel Alberó aclara que este ensayo tuvo sus orígenes en la invitación que le hizo Margarita Rojas, directora del Sistema Nacional de Bibliotecas de Costa Rica, para dar unas charlas a bibliotecarios sobre su condición de Devoto de su Alteza, razón por la que es posible encontrar en este libro varios casos de bibliotecas y bibliotecarios que ilustran algunas bibliopatías.

**María Guadalupe Zavala Botello**

Departamento de Procesos Técnicos  
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM